

Recuerdos de la isla de Cabrera

(Notas literarias)

Por C. VIDAL LLÀSER

De pronto surgió entre la bruma lo que parecía la mole inmensa de un barco fantasma. Aquello era la isla. El pequeño barco navegaba despacio hacia ella, abriendo surcos indolentes en el agua, estelas de blanca espuma que se desvanecían sobre el azul del mar tranquilo. Aparecía poco a poco la isla, desnuda y entregada, con la boca de su puerto suspirando abrazos. Debe ser tanta la soledad de esta

El Castillo



tierra —pensé—, que ha de sentir el deseo de ceñir con sus brazos, de aprisionar con sus brazos a los que llegan. Y de no dejarles partir jamás. Fue esta sensación de soledad la que me hizo mirar hacia atrás, esperando ver cerrarse aquellos brazos rocosos anunciándome que desde aquel instante mi destino quedaba unido al suyo. Navegaremos juntos desde ahora —parecían decirme—, y tu soledad será también la mía.

Acababa de llegar y era ya un prisionero de la isla. Sentía como si me mirasen a mí solo los montes desnudos, las casas solitarias, el Castillo, centinela en lo alto. Y sentía que me miraban como a una presa entregada y vencida. ¡Qué misterioso y profundo secreto envolvían aquellas miradas!

Inesperadamente un viento suave empezó a soplar sobre el mar. Más tarde las olas acabaron encrepándose y fueron a estrellarse furiosas contra las rocas. Sentí, un instante, como un frío aterrador dentro del alma. Era como si hasta mí acabara de llegar algún oculto mensaje. Algún extraño y misterioso mensaje que me enviara la isla antes de yo desembarcar.

La primera noche en la isla fue una noche sin luna. Las montañas parecían monstruos fabulosos que reposaran sobre el mar. El viejo Castillo ruinoso semejava una enorme mancha negra sobre un fondo entoldado de estrellas. El ruido del mar traía una canción monótona, siempre la misma, inacabada e indescifrable. Y a lo lejos, asomando detrás de las montañas, la tenue luz de un faro rasgaba inútilmente las nubes negras que pasaban.

Cerca veíanse las siluetas de unas barcas varadas en el puerto y de otras alineadas junto a los muelles. De vez en cuando algún pescador encendía un cigarrillo o una luz se reflejaba dentro de la barca. Las pequeñas casas de los pescadores insinuaban su dé-

bil blancura a través de la oscuridad y dormían silenciosas e inmutables. Fuera de la canción ininterrumpida del mar, que ahora ya había calmado sus ímpetus, el silencio lo llenaba todo, era abrumador, como debe ser la pura nada. ¡Qué lejos, Dios mío, parecía haberse quedado todo! El pálido resplandor de una estrella conocida quiso acompañar unos instantes mi desnuda soledad. En ella estaba el único refugio que podía concederse a mi espíritu. Era el asombro de apenas ver y callar en esta noche sin luna, como si el mundo y yo mismo nos hubiéramos quedado, de pronto, ciegos, con el alma estremecida y el corazón parado, muertos hasta el nuevo amanecer.

El día siguiente amaneció esplendoroso. Hubiérase dicho que el sol iba a incendiar la tierra. Vagas sombras furtivas jugaban a montañas rusas, arrastrándose lentas, pesadas, sobre un paisaje desnudo y solitario. El mar, dentro del puerto —verdes, azules, grises—, era como un lago tranquilo, de una serenidad majestuosa. El Castillo —el viejo Castillo desolado, como nacido de las mismas rocas— abría al cielo claridades amarillentas, abandonadas nostalgias de otros tiempos heroicos. Y las pequeñas casas blancas de los pescadores, agrupadas en el puerto,

ñaban a un tiempo, como todos los días, en la mudable suerte de sus lances. Cuando llegara la hora de partir, los pescadores irían antes a la cantina del puerto a echar un trago, a brindar rudamente por todas las lejanías que podían ampararles, y se lanzarían luego mar adentro, a la busca de su escondida fortuna.



Rincón del puerto



La ermita

ofrecían ahora radiantes su nítida blancura, apenas dorada por el ardiente sol. Los pescadores repasaban sus redes y esperaban la hora propicia de hacerse a la mar. Junto a las barcas y dentro de ellas, al descuido, se amontonaban los aparejos de pesca. Endurecidos por todos los elementos, con la mirada indiferente, aquellos hombres sencillos trabajaban y so-

En un altozano estaba la Ermita. Unos pinos dondeces parecían montar una guardia airosa junto a la puerta. No había ermitaño ni monje en la Ermita. El guardamuelles y su mujer eran los encargados de su custodia. El guardamuelles —siempre sonriente, siempre la pipa en la boca— era el tipo nervudo de hombre de mar, hecho a todas las crudezas. En los ojos, en la voz, en la resignación cansada de su mujer había la reciedumbre de los largos años de soledad y de espera.

Al atardecer, mientras la mujer miraba impasible como jugaban los niños en el patio y el hombre se iba a sus quehaceres en el puerto, el sol poniente bañaba como una dulce caricia aquel rincón apacible y olvidado, en donde estaba concentrada, sin embargo, toda la fuerza espiritual que podía mover la isla.

Luego, todo se iba llenando de sombras, de silencio, de soledad. Una barca entraba en el puerto y el paleteo de sus remos hacía temblar perezosamente el agua. Balaban, lejos, unas ovejas. «Jorge», la gaviota doméstica de la isla, herida en una de sus patas, batía inútilmente sus alas, y alargando el cuello prorrumpía en unos graznidos extraños, desentonados, agrios.

C. VIDAL LLÀSER